

Creo debo exponerles en esta ocasión algunas ideas sobre el equilibrio de las Antillas Hispánicas en su contexto internacional, según Martí, objeto de mi estudio personal de la edición crítica del Centro de Estudios Martianos.

Durante las sesiones de la Conferencia Internacional Americana de Washington, Martí se refirió públicamente por vez primera, en un artículo para *La Nación* de Buenos Aires fechado el 20 de diciembre de 1889, a su concepto del equilibrio internacional, al afirmar que la conferencia mostraría a quienes defienden "la independencia de la América Española, donde está el equilibrio del mundo"<sup>i</sup>.

Nuestra breve presentación, con énfasis en una Europa sumida en una compleja coyuntura internacional en que predominaba lo que los investigadores modernos habrían calificado de "multipolaridad económica, política y militar"<sup>ii</sup>, se propone resumir una investigación originalmente extensa y circunstanciada, que sustenta el realismo de Martí en su esfuerzo por impedir la anexión de Cuba a los Estados Unidos, antes, durante o después del triunfo revolucionario, mediante su certera política internacional y la unidad del pueblo cubano y de toda la América hispana.

Entre 1886, cuando los Estados Unidos estuvieron a punto de agredir nuevamente a México, y 1889, Martí había precisado el curso que tomaría la expansión estadounidense. En carta a su amigo Serafín Bello, fechada el 16 de noviembre de 1889, le dice, en medio de la Conferencia Internacional Americana: "Llegó ciertamente para este país, apurado por el proteccionismo, la hora de sacar a plaza su agresión latente, y como ni sobre México ni sobre el Canadá se atreve a poner los ojos, los pone sobre las islas del Pacífico y sobre las Antillas, sobre nosotros".<sup>iii</sup>

En cuanto a Asia, era obvia para Martí la voluntad de Estados Unidos de continuar extendiendo su influencia por ese teatro geográfico hasta llegar, sin el alto costo del transporte, a los ricos mercados de China, Japón, el Sudeste Asiático y otros. El grave problema para la ya poderosa república del Norte era que casi todos dichos mercados se encontraban bajo control europeo, en buena cuenta inglés y francés, y la presencia tardía, pero

igualmente agresiva y ambiciosa, del nuevo imperio alemán. Uno de los incidentes iniciales en ese proceso expansivo<sup>iv</sup> fue el del archipiélago de Samoa, al este de Australia, detalladamente reseñado por Martí para sus lectores argentinos. Allí la advenediza Alemania del Canciller Otto Von Bismarck, empeñada en consolidar los intereses alemanes en el Pacífico, se enfrentó al desafío de la pujante república imperial estadounidense.

En 1889 se produjeron varios incidentes en Samoa que con uso de la fuerza e involucraron a la marinería y a los ciudadanos de ambos países. La prensa plutocrática de los Estados Unidos, que hoy conocemos como “amarilla”, hizo todo lo posible por provocar la guerra contra Alemania a fin de preservar el “derecho” a la expansión territorial del naciente imperio, pero el Presidente Grover Cleveland sabía que la marina de guerra alemana era en ese momento superior a la estadounidense y cualquier prueba de fuerza le sería costosa y probablemente adversa. Y lo que era aún más importante, bajo el influjo diplomático de Bismarck, Inglaterra, hasta entonces opuesta a suscribir tratados de seguridad con potencias continentales europeas, había firmado en 1887 dos tratados mediterráneos con Alemania, Austria-Hungría e Italia, a fin de proteger sus intereses en el Oriente Medio de la expansión del gigante ruso.

De manera que Alemania actuaba en ese momento asociada a tres potencias europeas, incluida Inglaterra, por aquellos días adversaria de los Estados Unidos en América Latina. Por eso no quedó otro remedio al gobierno estadounidense que firmar un tratado con el gobierno alemán en Berlín, bajo la mediación de Inglaterra, a pesar de la protesta de fuerzas políticas en el Congreso norteamericano que afirmaban que Inglaterra favorecería a Alemania. Finalmente Samoa no sería ni alemana, ni norteamericana, sino declarada “independiente” bajo la “vigilancia” de Inglaterra, según escribiera Martí para *La Nación*.

De este incidente debemos destacar, más allá de la importancia geoestratégica del archipiélago, que Alemania amenazaba el “derecho” a la expansión territorial que Estados Unidos se arrogaba al ignorar las leyes internacionales y el poder militar de algunos estados europeos, no sólo en las Antillas y todo su hemisferio, sino incluso en todo el mundo. Martí reportó en detalle para *La Nación* de Buenos Aires cómo Inglaterra y

Alemania se unían para intentar *equilibrar* y de hecho detener a Estados Unidos en el Pacífico. Era un escenario que revestía la mayor importancia para Martí. En *La Nación* del 13 de junio de 1889, había previsto: “No sería lo de Samoa de tanto interés si el principio sentado en la Conferencia[de Berlín] pudiera olvidarse en los casos futuros en que choquen, en los países de América y sus alrededores, los intereses europeos y los yanquis”. De ahí la atención de Martí a las actividades de Alemania en Asia, Europa y América Latina.

Por otra parte, Guillermo II, en 1890, aceptó la renuncia del “Canciller de Hierro”. Con él se marcharían su talento diplomático, su cautela, su habilidad para asegurar los objetivos estratégicos germanos, sobre todo su realismo y su percepción de los límites del poder alemán. Pero en lo relativo al Pacífico la política exterior germana, bajo Guillermo II, se tornó más agresiva, por lo que otros incidentes entre marinos alemanes y norteamericanos siguieron a los de Samoa en otros archipiélagos del Pacífico.

En 1895 Alemania tenía un Consulado General en La Habana y consulados en Matanzas, Cienfuegos, Trinidad, Santiago de Cuba y Guantánamo, al igual que Inglaterra, cuya fuerte presencia histórica en Cuba, en el plano económico y político, es bien conocida. Tener un consulado en Santiago de Cuba, uno de los principales puertos del Este de la isla, demostraba interés en Cuba, no sólo en su obvia posición estratégica y las ya considerables inversiones alemanas en la isla, sino en el incremento de las exportaciones de café, de tabaco, y la explotación de los yacimientos minerales de hierro y cobre y en otras riquezas aún inexploradas en las montañas de Oriente.

¿Podrían crearse incentivos comerciales e inversionistas de tal importancia —habría pensado Martí --, que atrajesen a uno o ambos países a Cuba para, una vez alcanzada la victoria, contrarrestar con su presencia la prevista expansión territorial y económica de los Estados Unidos en el Caribe hispano? A pesar del enorme reto que esto suponía, dado el comprometimiento de Alemania con la modernización del ejército español, Martí al parecer estuvo dispuesto a intentarlo. La tarea era obviamente

compleja, pero también es cierto que Europa se interesaba por Cuba y era un peligro menor que el estadounidense para la revolución cubana, las Antillas y América Latina.

Lo cierto es que la lectura de varios de sus escritos publicados entre 1894 y 1895 indica que Martí confiaba en que Inglaterra, Alemania podían ser convencidos para apoyar la independencia de Cuba interesados en su estratégica ubicación en el Caribe, con un futuro canal en el istmo que conduciría a los grandes mercados del Pacífico, con su mayor densidad poblacional y sus riquezas naturales, para cuya explotación era más conveniente una nación independiente. Con la liberación de Puerto Rico, Santo Domingo y Cuba y el apoyo de la América hispana y Europa, las Antillas podrían llegar a ser el “fiel de la balanza” entre los dos hemisferios, “el crucero del mundo”, anticipando la terminación del canal interoceánico, y hasta “una tercera fuerza equilibradora del mundo”. La posibilidad de aproximación a algunos países europeos para equilibrar la penetración norteamericana en Cuba y América Latina había sido prevista por Martí hacía tiempo. Un esclarecedor comentario de Ramón de Armas, acerca de unas líneas que Martí escribiera para sí, probablemente en 1887, en uno de sus fragmentos acerca del vicecónsul francés en Guayaquil, que habría hallado un “paso transcontinental”, capaz con pocas inversiones de atravesar el continente suramericano, aclara: “[...] lo que otros ven como un peligro, yo lo veo como una salvaguardia: mientras llegamos a ser bastantes fuertes para defendernos por nosotros mismos, nuestra salvación, y la garantía de nuestra independencia, *está en el equilibrio de potencias extranjeras rivales* [...] de ahí que la política extranjera de la América Central y Meridional haya de tender a la creación de intereses encontrados en nuestros diferentes países, sin dar ocasión de preponderancia definitiva de ninguno, aunque es obvio que ha de haber, y en ocasiones convenir que haya preponderancia aparente y accidental, de algún poder que acaso deba ser siempre un poder europeo.”<sup>v</sup>

Vamos inmediatamente la coherencia de este pensamiento con las ideas de Martí en los días próximos al fin de su vida. En 1895, encontrándose ya en Guantánamo, Martí recibió informaciones de la muerte accidental de un marino británico de la goleta *Honor*, que traía la expedición de Maceo. Martí

entiende necesario dirigirse al Agente Consular del Gobierno Británico para transmitirle una explicación oficial de los hechos, que a nuestro juicio supera el objetivo primario que la motivó. Después de aclarar que había ordenado una investigación sobre el incidente, Martí añade: “Los altos ideales que sustenta la revolución cubana, que tiene por objeto nada menos que la fundación de una república fuerte y próspera, completamente abierta a la industria del mundo y merecedora de su respeto y simpatía, no pueden tolerar [...] la menor transgresión de las leyes morales y el respeto internacional por parte de sus mantenedores”. Es interesante que esta carta haya llegado hasta la mesa de trabajo del Secretario de Relaciones Exteriores en Londres, lo que evidencia la importancia política que se le atribuyó.

En ese mismo día redacta otra misiva en inglés, hallada no hace mucho en los archivos del Ministerio de Relaciones Exteriores de Alemania, en Bonn, a Wilhelm Schumann,<sup>vi</sup> cónsul alemán en Santiago de Cuba, gerente de las Minas de Firmeza, cerca de Daiquiri, Santiago de Cuba, muy similar a la que escribiera al funcionario británico pero quizás más significativa, al carecer de la justificación inmediata que tuviera la del funcionario británico. El texto corresponde a la decisión militar revolucionaria de respetar la propiedad privada y sobre todo extranjera que no ayudase al enemigo. Pero, como en el caso del cónsul inglés, Martí aprovecha para expresar al gobierno alemán que Cuba es “un pueblo de hombres dispuestos a trabajar en paz para el desarrollo, en una república *libre de aceptar la asistencia del capital ocioso del mundo*. Así es la revolución cubana, dispuesta a aceptar a todos los que la respetan”<sup>vii</sup>[...]

Francia poseía sus colonias isleñas en el Caribe, pero ya desde 1886 era obvio que la mayor preocupación francesa en el continente europeo era Alemania y su objetivo priorizado en América era asegurar una alianza estratégica con otra república: Estados Unidos.

Era, claramente, una invitación a participar en el desarrollo de Cuba, en los términos en que escribiera para sí en el fragmento antes referido.<sup>viii</sup> Interesa enfatizar que la solicitud de Martí y Máximo Gómez fue acatada por la empresa alemana, que suspendió sus operaciones mineras durante la guerra. La documentación más reciente indica que el gobierno alemán

anticipó el triunfo de las armas revolucionarias, estuvo dispuesto a negociar un tratado comercial con sus representantes y a establecer relaciones diplomáticas con un gobierno revolucionario en el poder<sup>ix</sup>

Más de una década después esta idea, escrita en su libreta de fragmentos, permanecía viva en la mente de Martí. La visión de una Cuba abierta al mundo la reitera Martí días después a Eugene Bryson, corresponsal del *New York Herald* que recibe su carta a ese diario en la manigua: “Cuba quiere ser libre, para que el hombre realice en ella su fin pleno, *para que trabaje en ella el mundo*”<sup>x</sup>. No puede excluirse a las Antillas y la América Hispana de estas proposiciones, en particular a México, cuyo apoyo solicitó a su presidente en 1894, y la Argentina, aliada a Inglaterra, muy cercana políticamente a Martí y en pleno crecimiento económico, aunque lamentablemente inmersa en una emulación por el liderazgo regional con Brasil. A su vez, el gran país suramericano desde 1880 trataba de establecer una alianza con los Estados Unidos para equilibrar el creciente poder e influencia de la Argentina. Tampoco se hallaba fuera del cálculo martiano una España reconciliada, y, como hemos visto, hasta con Estados Unidos, con el que hacía todo lo posible por asegurar relaciones útiles para la guerra contra la metrópoli, y sobre todo el período de la posguerra. En este contexto pudiera hallarse la clave de lo que habría sido la política exterior de un gobierno revolucionario cubano bajo la determinación de José Martí, y su brillante aplicación del principio del equilibrio en las relaciones internacionales. No sorprende que los recursos internacionales previstos por Martí no fueran aplicados por los gobiernos que se sucedieron en la república mediatizada.

Permítanme un comentario final: el tiempo apremia para América Latina. En nuestra América, Brasil, Venezuela, Ecuador, Nicaragua y Argentina, asediados, intentan rescatar la opción de una integración latinoamericana aún, a pesar de enormes esfuerzos, que debe extenderse a toda Sudamérica, las Antillas y tal vez, eventualmente, al Cono Sur Africano.<sup>xi</sup>

Es cierto que hoy nos enfrentamos al poder hegemónico de Estados Unidos. Pero la lucha decisiva en la América Latina, contra el poder y el control de Estados Unidos no se ha decidido aún. Como en el siglo de Martí, de lo que se trata es de determinar cómo América Latina, Cuba y las

Antillas incluidas, participarán en el proceso de transición hacia nuevos equilibrios: como aliada menor subordinada a Estados Unidos, obligada a consumir los productos “invendibles” de ese país para salvar el sistema capitalista norteamericano de sus propias contradicciones, o como una comunidad independiente, unida e integrada, no sólo en el plano económico, sino en el más universal de la historia, de la cultura y de las tradiciones, capaz de contribuir a “equilibrar” con su poderosa identidad e independencia a las grandes regiones económicas en la actual reedición de las pugnas interimperialistas por las riquezas de nuestro continente. A ello nos convoca el paradigma martiano ante los nuevos desafíos del siglo XXI.

## Notas

---

<sup>i</sup>José Martí: “El Congreso Internacional de Washington, (II)”, OC, t. 6, p.62

<sup>ii</sup> Henry Kissinger afirmó el 18 de julio del 2001 ante el Consejo de Asuntos Mundiales de Los Angeles:

“Los Estados Unidos se encuentran hoy en una posición curiosa. Somos el país más poderoso que haya existido en el mundo [...] Pero sólo hay un problema: si se alcanza semejante posición de preeminencia, se manifiesta inmediatamente la tendencia entre los demás países a unirse para restablecer alguna forma de equilibrio con el fin de reducir en lo posible nuestra capacidad de influencia”.

<sup>iii</sup> Carta de José Martí a Serafin Bello, New York, 16 de noviembre de 1889, en OC, T 1, p. 255.

<sup>iv</sup> En realidad, el primer incidente entre Alemania y los Estados Unidos tuvo lugar en 1884, en torno de las altas tasas de emigración de la juventud alemana a los Estados Unidos. Unos cien mil jóvenes educados y hábiles, de edad militar, emigraban como promedio a los Estados Unidos, aprovechando esas leyes, lo que constituía una pérdida insostenible para un imperio que se aplicaba a una política expansiva. El incidente fue detalladamente narrado por Martí en una crónica recientemente hallada que nunca se publicó en las Obras Completas y que se incluirá en la Edición Crítica de las Obras Completas, actualmente en proceso de edición.

<sup>v</sup> José Martí, tomo 22, *Fragmentos*, p. 116.

<sup>vi</sup> Wilhelm Schumann era gerente y copropietario, conjuntamente con German Michelsen, de la firma minera Schumann y Michelsen, que extraía hierro y cobre de yacimientos en Firmeza, cerca de Daiquirí, Santiago de Cuba, en las montañas orientales. Por lo menos desde 1868 fungía como activo cónsul de la Confederación de Alemania del Norte, y le cursaba correspondencia directamente a Bismarck sobre la problemática de la guerra en Cuba. Michelsen pasó a la historia de la ciudad por su actitud solidaria con el pueblo cubano durante la guerra hispano-cubana-norteamericana (1895-1899).

<sup>vii</sup> Véase Martín Franzbach, *La guerra del 98 en el marco de los intereses alemanes*. Separata de Iberoamericana, 22 de enero de 1998, p. 24.

<sup>viii</sup> Es interesante que Otto Von Bismarck se propusiese aplicar una política de emigración alemana hacia Cuba, que estableciese unas cuarenta o cincuenta mil familias en la isla e incluso una base naval cuya presencia, potencialmente amenazadora para los Estados Unidos, se justificaría por la defensa de los intereses económicos y de otra índole de dichas familias en Cuba, pero en el fondo

---

por la prevista apertura de un canal interoceánico en el istmo de América Central. De todas maneras, después de 1874 Alemania envió una flotilla de barcos a Cuba, con facilidades para repostar en todos los puertos cubanos, lo que hacía de la isla una enorme base. En interés de la presencia alemana en el Caribe, Bismarck también intentó establecer una base en Santo Domingo. Esos proyectos fracasaron, entre otras razones porque fueron concebidos para realizarse en medio de la Guerra Grande, y por las sospechas españolas de que Alemania fraguaba un plan para apropiarse de una parte de su imperio. Véase Luis ÁlvarezGutiérrez: *La diplomacia bismarckiana ante la cuestión cubana*, Centro de Estudios Hispánicos, Madrid, 1988, pp. 60-180.

<sup>ix</sup> Véase Martín Franzbach, *ibídem*.

<sup>x</sup> José Martí, “Carta al New York Herald, Guantánamo”, 2 mayo 1895, en OC, t.4, p. 140.

<sup>xi</sup> No se trata de utopías. Nos referimos a la Comunidad Económica del Atlántico Sur, cuyo desarrollo, iniciativa de Brasil, se viene posponiendo desde 1996 por la demora de SADC en la creación de su propio mercado común. Los investigadores prevén que superar este problema tomará mucho tiempo. Sin embargo, esta opción se ha convertido rápidamente en una necesidad imperativa dado el control estadounidense de las fuentes petroleras del Golfo de Guinea y la lógica de su protección militar mediante la creación de una o más bases navales en su entorno, amenazas potenciales para las naciones latinoamericanas y africanas a ambos lados del océano Atlántico, y su porción sur en toda su extensión. La Comunidad Económica del Atlántico Sur, por otra parte, pudiera ser el inicio de una aproximación de mayor envergadura entre ambos continentes, que conferiría mayor densidad y profundidad a los intereses sur-sur.

La Habana 31 mayo 2016 evento trinidad y Tobago

Entregado el 09 de junio de 2016 por Rodolfo Sarracino

Presentado en el